

# Una mirada contemporánea de la cultura: aperturas y nuevas visiones\*

*A contemporary look at culture: trends and new visions*

**Buenaventura Russeau Pupo\*\***  
Universidad Simón Bolívar

## Resumen

Este artículo es una reflexión abordando el estudio de la especificidad de la cultura, su función como elemento de transformación, en correspondencia con los procesos de cambio que se operan de continuo en lo social, lo político, lo económico, lo científico-tecnológico, las comunicaciones y otras, al interior de la propia cultura. De modo que la sistematización de la cultura se concibe, se plasma y funciona en correspondencia con su praxis, así mismo, de continuo renovada. Se presentan diferentes posiciones epistemológicas y filosóficas que obligan a considerar que el sujeto social, es constructor de su auto-desarrollo, para señalar que el ámbito restringido de las ciencias sociales, necesita ampliar las reflexiones, estudiar al ser humano desde su esencia social, sus interacciones y comportamientos. Los métodos que se emplearon en este estudio se sustentan bajo el paradigma hermenéutico, que permitió estructurar los métodos teóricos y empíricos, los teóricos son: Histórico lógico, inducción-deducción, análisis-síntesis, sistémico-estructural. A través del Análisis documental. El desarrollo técnico-metodológico y el escaso desenvolvimiento del pensamiento de las ciencias sociales, muestra una tendencia a exaltar el papel del saber hacer, sobre el saber pensar, desarticulando la realidad del hombre y la cultura en los diferentes ritmos temporales, al interior de cada momento histórico o en la perspectiva longitudinal del mundo de la vida. En su dinámica de concreción-derivación, la cultura sedimenta un conocimiento que se proyecta y actúa sobre la propia realidad o sea, de la realidad hacia la cultura, movilizándolo su pensamiento (teorías, discursos, métodos, paradigmas, y otros.) de modo que resulte actualizado, renovado, productivo permanentemente.

**Palabras clave:** Cultura, identidad cultural, globalización, desarrollo.

## Abstract

This paper is aimed as a insightful look at the definition of culture, in accordance with the processes of change that operate continuously in social, political, economic, both scientific and technological, communications and other areas which define culture. The systematization of culture is conceived, is embodied and works in correspondence with its praxis, likewise, continuously renewed and reevaluated to form part of culture. Different epistemological and philosophical points of view on how a social individual builds his own self-development, are presented in this study. The aforementioned indicates that the limited scope of Social Sciences needs to expand its retrospective look to study human beings from their social essence, their interactions and behaviors. The methods used were based on hermeneutics paradigms, which allowed structuring theoretical and empirical methods. The theoretical methods are: Historical logic, induction, deduction, analysis-synthesis, systemic structure, through documentary analysis. Technical and methodological development, as well as the limited development of thinking in Social Sciences, show a tendency to emphasize the role of "knowing how to do" over "knowing how to think", breaking man's perception on reality and culture in the different time periods within each historical moment or longitudinal perspective of the world of life time. In its dynamicity and derived realization, culture settles knowledge projecting and acting on reality itself, which means from reality to culture, mobilizing its thinking (theories, discourses, methods, paradigms, and others) so resulting updated, renovated and productive permanently.

**Key words:** Culture, Cultural Identity, Globalization, Development.

**Referencia de este artículo (APA):** Russeau, B. (2014). Una mirada contemporánea de la cultura: aperturas y nuevas visiones. *Pensamiento Americano*, 7(12), 20-40.

**Fecha recibido: Noviembre 4 de 2013 • Fecha aceptado: 30 de enero de 2014**

\* Este artículo es resultado del proyecto *Mujeres hilando cultura*, financiado por las universidades Simón Bolívar, Colombia, ISA Universidad de las Artes, Cuba, Universidad de Zacatecas, México y COLCIENCIAS a través de la convocatoria 644.

\*\* Doctora en Ciencia sobre arte del Instituto Superior de Arte de Cuba, Cuba. Especialización en Organización de Procesos Culturales Especialización en Dirección y Gestión de Programas y Empresas Culturales. Licenciada en Historia. Investigadora de la Universidad Simón Bolívar; Miembro del grupo: Historia, Sociedad y Cultura Afrocaribe. brusseu@unisimonbolivar.edu.co

## Introducción

La cultura como parte del campo de estudio de las ciencias sociales, también tiene que llegar a nuevas reconfiguraciones conceptuales, si en las ciencias sociales el sujeto y el objeto de estudio, (los individuos, los grupos y la sociedad misma, la organización de la sociedad, su cultura, sus formas de producción económica, sus instituciones políticas), se modifican continuamente, corresponde plantear la nueva concepción de la cultura, extender el proceso de cambio a lo social, a lo político, a lo económico y reconocer que los conceptos expresados como producción cultural, democracia y otros, han cambiado.

La práctica cultural encuentra hoy nuevos enfoques y problemas, es vista como el lugar de encuentro donde diversos sectores de la sociedad se proyectan al futuro, expresan los conflictos de identidad, participación y crítica social.

La cultura se asienta en la construcción de un conocimiento que no sólo se ocupa de significaciones simbólicas objetivas y subjetivas de los grupos sociales, ni se limita al contexto hermenéutico, ella, a la luz de los nuevos presupuestos de las ciencias sociales debe expresar una posición capaz de intervenir en la realidad social, acorde con los acontecimientos y el devenir histórico del siglo XX, donde los sujetos exigen que sus proyectos sean la expresión del proceso social- económico-político de su realidad histórico concreta, con el cuidado

de concebir epistemológicamente la *realidad*, no como lo dado, sino como evento, como dinámica procesual, derivativa y cargada de potencialidades, como nos advierte Theodor W. Adorno: “lo que es no es todo”.

El juicio sobre una cosa, que exija, sin duda alguna, espontaneidad subjetiva, viene trazado siempre por la cosa misma, y no se agota en una irracional decisión subjetiva, como Weber parece imaginarse. Tal juicio es, en el lenguaje de la filosofía, un juicio de la cosa sobre sí misma; su condición desgajada conjura a ella. Se constituye, sin embargo, en su relación con ese todo que hay en ella, sin ser algo inmediatamente dada, sin ser facticidad; a ello apunta la frase de acuerdo con la cual la cosa ha de ser medida según su propio concepto. (Mardones & Ursua, 1994, p.16)

Aunque en términos de Nelly Richard (2009):

Se acerca sustancialmente a criterios semejantes de “lo real”, cuando propone que “(...) lo real no es la realidad bruta, sino una reconstrucción posterior del proceso de simbolización que vuelve sobre lo que no pudo incorporar, designando como Real lo que se había escapado de las categorías con las que el lenguaje nombra –y domina-su objeto. (p.234)

Además, “lo real está a la vez presupuesto y propuesto por lo simbólico” (Zizek, 1992, p.221). Estas consideraciones ponen a los estu-

diosos de la cultura en la urgencia de redefinir el discurso de esta área de conocimientos, de expresar una nueva opción social que permita entender la realidad de lo cultural y orientarla hacia la construcción de un cómo, porqué, y para qué de esa producción de conocimientos.

Se necesita definir una nueva perspectiva gnoseológica de la cultura desde la re significación de las ciencias sociales, desde las formas de analizar la realidad en el espacio que tiene el sujeto para insertarse en su momento histórico mediante el acto de comprenderlo, interpretarlo y reevaluarlo.

La cultura es el campo propicio para trabajar sobre lo que nos une, porque ella expresa el modo de ser de un pueblo, el modo en que se relaciona con su entorno. Es una construcción histórica, el horizonte simbólico donde un grupo humano organiza su existencia. Como memoria colectiva que hace posible la comunicación entre los miembros de una sociedad históricamente ubicada, crea comunidad de sentidos, permite la adaptación a un entorno natural y da capacidad para argumentar racionalmente los valores implícitos en la forma prevaleciente de las relaciones sociales.

La cultura es memoria, es identidad, el espejo donde se mira la comunidad para reconocer su pertenencia a un horizonte simbólico común, constituye una de las dimensiones que integran más factores a la solución de problemas, ella se vincula con las situaciones econó-

micas, políticas, sociales y desde luego, con la formación ético-moral ciudadana. Por eso, desde sus escenarios se debe trabajar para la construcción y reconstrucción de unas normas de convivencia y respeto.

Los diferentes conceptos de cultura que se asumen desde la construcción del texto, nos pone de manifiesto que ésta, en sus diferentes sentidos, incluye la herencia en los espacios sociales vivientes, que son conformados participativamente y aceptados por los individuos, porque son vistos por éstos como parte de vida y reflejo de sus ideas. Es un proceso dinámico, en el que los individuos socializados se organizan mediante un sistema de formas simbólicas aceptadas mutuamente.

El carácter polisémico y la diversidad de las concepciones para definir el término cultura, no constituye una excusa para pretender proximidades históricas y especulativas en el marco de los contextos histórico-sociales o conceptuales. La dificultad y la amplia gama de acepciones para definir teóricamente esta categoría está en su alto grado de indeterminabilidad y en el inconveniente de comprometer una definición sobre cultura que siempre estará incompleta, porque sus contenidos y fines últimos abarcan una amplia gama de factores que se encuentran en el mundo de la vida de múltiples grupos sociales, en múltiples mapas culturales, relatos y meta relatos insertos en la pluralidad, lo diverso, lo propio y lo ajeno de las culturas actuales. Pero es indispensable

valorar con detenimiento la significación de la cultura, por lo que ella representa en el intercambio entre las sociedades y en la definición del lugar de cada una en su devenir histórico.

### **Aproximaciones al Concepto de Cultura**

El “Cultus Anima” de los latinos se diferencia de la Paideia Griega. El primero se caracteriza por dar sentido a la cultura en su relación con la naturaleza, con el cultivo de la tierra, mientras que la Modernidad asume una noción de cultura que al independizarnos de la naturaleza animal configura lo verdaderamente humano. La idea es mostrar que por la cultura, se supera el “animalitas” y se alcanza en nivel del “humanitas”. De esta manera la cultura en la Modernidad nos conduce a la humanización y al cultivo de lo espiritual.

Al interior de esta configuración moderna donde se cultiva el “humanitas”, a partir del siglo XVIII se manifiestan dos grandes tradiciones del pensamiento occidental en torno a la cultura que marcan sus huellas hasta hoy: una tradición que podríamos llamar ilustrada, cuyas figuras más representativas fueron Voltaire y Kant, y otra tradición romántica, representada por Rousseau y Herder (OEI, 1997-1998).

La tradición ilustrada reclama la idea de universalidad y con ella la igualdad para todos los hombres, asumiendo la razón y la naturaleza; pero al mismo tiempo, reflexiona que algunos pueblos habían desarrollado más la razón, y los elementos propios de su naturaleza

espiritual. Como resultado de esta valoración se caracteriza a Europa como la auténtica civilización, mientras que los demás pueblos aparecen como rezagados e incluso como bárbaros o salvajes. Identifica cultura con civilización europea y dará lugar a la oposición entre naturaleza y cultura, pueblos cultos e incultos.

La tradición romántica de Rousseau fue ampliada por Johann G. Herder, quien cuestionó el universalismo y valoró la diversidad de culturas. La noción de continuidad para comprender los procesos históricos fue ampliamente criticada por Herder, al proponer que cada cultura muestra cómo se ha construido históricamente desde sus procesos internos, sin necesidad de asumir la continuación de legados anteriores, sino que cada una se propone sus propios significados, significaciones y construcciones objetivas y subjetivas, lo cual la hace auténtica y le permite alcanzar su nivel de desarrollo. Herder opone a la fría razón, a la uniformidad y a la continuidad, la fuerza de los sentidos, la vida y el valor de las costumbres, revelando que cada cultura es autónoma y no puede ser conceptuada con los esquemas que adjetivan a otras culturas.

En conclusión podemos concretar que la noción ilustrada de cultura se impuso durante el siglo XIX y con ella se arraigaron los ideales de universalidad y progreso. Como consecuencias de estas creencias prevalecientes en el pensamiento de la época, cobró fuerza la sustentación que concibe que la cultura es una, única y

universal, que las artes, las ciencias y los libros son la forma más alta de cultura, que la cultura ilustrada europea conforma un tipo de cultura avanzada, civilizada o superior y por último que existe progreso cultural y sus parámetros son la civilización europea.

A finales del siglo XIX, según Clifford Geertz (1973) se produce en el campo de la filosofía, las ciencias sociales y el pensamiento en general un curioso e inédito acontecimiento relacionado con la palabra cultura: empieza a utilizársele en forma plural “culturas”, y en un sentido mucho más amplio que ciencias y artes. De igual modo, en sus estudios antropológicos Edward Tylor, citado por Kahn (1975), propone un concepto bastante amplio de cultura:

La cultura o civilización, en sentido etnográfico amplio, es aquel todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridos por el hombre en cuanto miembro de la sociedad” (p.29).

En la primera mitad del siglo XX el debate filosófico y antropológico occidental se caracteriza por el sinnúmero de esfuerzos para consolidar un concepto extenso y amplio de cultura que, incluyendo las artes y las ciencias, no se limite a ellas. Muchos son los pensadores e investigadores que acometen esta tarea. Bastaría remitir a los nombres de M. Scheller, T. Elliot, A. Weber, E. Cassirer; S. Freud, B. Malinoski, C. Levi-Strauss, entre muchos otros.

Scheler (1999) afirma: “Cultura es, pues, una categoría del ser, no del saber o del sentir” (p.15). Para Geertz (1987), la cultura es:

Un esquema históricamente transmitido de significaciones representadas en símbolos, un sistema de concepciones heredadas y expresados en las formas simbólicas por medio de las cuales los hombres comunican, perpetúan, y desarrollan su conocimiento y de actitudes frente a la vida.

Levi-Strauss, citado por Zino (2013) afirma:

La cultura puede considerarse como un conjunto de sistemas simbólicos que tienen situados en primer término el lenguaje, las reglas matrimoniales, las relaciones económicas, el arte, la ciencia y la religión. Estos sistemas tienen como finalidad expresar determinados aspectos de la realidad física y de la realidad social, e incluso las relaciones de estos dos tipos de realidad entre sí, y las que estos sistemas simbólicos guardan los unos frente a los otros.

Abello et al. (1998) referencian las siguientes definiciones:

Eliot aludiendo a su condición afectiva nos dice “cultura es aquello que hace que la vida valga la pena de ser vivida. A. Weber, desde una visión histórica afirma: “nuestra cultura arraiga en las culturas primitivas”. Para E. Cassirer: “la cultura forma parte de la naturaleza y parte de la humanidad. S. Freud considera que

la palabra cultura designa todas las operaciones y normas que distancian nuestra vida de la de nuestros antepasados animales y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres. (p.57).

El etnólogo Malinowski (1967) considera:

Evidentemente es el conjunto integral constituido por los utensilios y bienes de los consumidores, por el cuerpo de normas que rige los distintos grupos sociales, por las ideas y artesanías, creencias y costumbres. Ya consideremos una muy simple y primitiva cultura o una extremadamente compleja y desarrollada, estaremos en presencia de un vasto aparato, en parte material, en parte humano y en parte espiritual, con el que el hombre es capaz de superar los concretos, específicos problemas que lo enfrentan (p.49).

En la década de los setenta de este siglo, el debate entre lo moderno y postmoderno, revitaliza la discusión cultural en ejes más allá de la extensión que adquirió del concepto. George Steiner (1971) sostiene que el quiebre o derrumbe de tres axiomas de la modernidad alteran necesariamente nuestra visión de la cultura. Primero, se ha perdido o al menos está decididamente dañado el axioma del progreso que concebía la historia occidental como una curva permanente de ascenso. Segundo, ya no aceptamos la proyección según la cual el progreso necesariamente habrá de difundirse desde los

centros privilegiados a todos los hombres. Tercero, ya no podemos apelar sin excesiva reserva al programa educativo del humanismo que sostenía que la ignorancia racional e ilustrada era la fuente de la crueldad y la barbarie; el tipo de conocimiento y formación otorgado por esa educación humanística no ha disminuido los niveles de violencia e injusticia en las sociedades occidentales contemporáneas.

La cultura es la vida misma, un complejo de ideas y productos materiales de un grupo social que da sentido a su existencia ; es todo: ideas, sueños, pesadillas, cómo vemos el mundo, cómo nos ubicamos, lo que pensamos de los otros , las ideas que tenemos de sí mismo, la identidad, determinada culturalmente, las contradicciones, valores y normas.

La cultura es un proceso dinámico que heredamos y al que no podemos atribuir valores y normas fijas, ni una ley universal con variables estáticas. La cultura consiste en significados, que las personas producen activamente, partiendo de sus experiencias y relaciones sociales, por eso, es también un espacio de luchas y contradicciones donde se manifiestan las expectativas e intereses de las distintas clases sociales que integran la sociedad.

Abello, Zubiría & Sánchez (1998) afirman:

A mediados de los años setenta la noción de cultura estuvo vinculada a cinco importan-

tes problemas del fin del siglo XX, los cuales se pueden relacionar de la siguiente manera:

- a. Las relaciones existentes y las deseadas entre naturaleza y cultura.
- b. Los problemas relativos al antropocentrismo y etnocentrismo.
- c. Los fenómenos de la multiculturalidad e interculturalidad.
- d. Los nexos actuales entre la cultura y el desarrollo.
- e. La construcción de una noción extensa, pero con rasgos distintivos de lo cultural (p.43).

En este sentido, y al tener en consideración los anteriores núcleos problemáticos, la nueva concepción de cultura -vista como un proceso inherente a la dinámica de los grupos, con gestación y evolución propia, desarrollada a través de múltiples expresiones y en diversos ámbitos de la vida donde se construyen los procesos de organización, desarrollo social y las diversas formas de expresión individuales y colectivas- requiere una redefinición que propicie desde la práctica un espacio donde los grupos sociales se proyecten al futuro, donde se expresen práctica e imaginariamente los conflictos de identidad, la participación crítica y el consenso de los diversos sectores de la sociedad (Abello et al., 1998).

Al respecto, Restrepo (2002) afirma que de manera necesaria, lo *cultural* forma parte de los procesos sociales, como espacio de elaboración simbólica, de estrategias y prácticas que

contribuyen a gestar el campo de acción, de las colectividades y pueblos. Es así como la definición del concepto de cultura como el conjunto o complejo de las significaciones, sentidos, creencias, pautas o códigos simbólicos de la acción humana, permite distinguir cuatro dimensiones que pueden entrecruzarse. Estas son:

- Significaciones, creencias, ideas, pautas o códigos simbólicos del orden científico, tecnológico y técnico; ello implica el saber, y el saber hacer racionales e instrumentales, encarnados en la ciencia, la tecnología y la técnica, decisivas en cualquier sociedad, pero esenciales en la constitución de la sociedad moderna. Por lo general, estas significaciones responden a la pregunta por la verdad de la naturaleza o de la sociedad y por el uso práctico de dicha objetividad, entrañando por lo común un despliegue de inteligencia y de eficiencia.
- Significaciones, creencias, ideas, símbolos o códigos estéticos y expresivos, como la lengua y otras formas (lenguaje gestual) y medios de comunicación (orales, escritos, audiovisuales, telemáticos), la literatura el cine, y las artes, la artesanía, el folclor, y ello tanto en su dimensión de saber, como del saber hacer. Por lo general, estas significaciones aluden al gusto y a la belleza y llevan implícitas dosis de afecto, emoción e intuición.
- Significaciones, creencias, ideas, pautas o códigos simbólicos integradores, los cuales integran aquellos que mantienen un cierto

orden social. Entre tales códigos se encuentran los jurídicos (la ley); los ideológicos, (las ideologías de los partidos políticos, de las clases sociales, de los grupos étnicos o de los movimientos sociales); los imaginarios, caracterizados más por su carácter reticular o fragmentado por su disposición organizada, lo mismo que por su imantación afectiva antes que por su dimensión racional; las convenciones de costumbres, sean escritas (urbanidades,) o no escritas (consuetudinarias), que regulan en forma de un dispositivo casi automático el trato social en la vida cotidiana.

- Significaciones, creencias, ideas, pautas o códigos simbólicos trascendentes como el saber más general en torno al saber (meta-saber) y la creencia más general en torno a las creencias (meta-creencias), unos y otros refiriéndose al mundo y a la vida en sus términos más genéricos y enlazando las preguntas relativas a qué podemos saber de todo el saber y qué podemos esperar del saber y del ser. En dichas significaciones pueden distinguirse tres componentes fundamentales: Filosofía, como organización racional del saber. Sabiduría, como organización del saber en su relación con la vida. Religión, concebida ésta como la organización social de la esperanza y, por tanto, expresada en forma intramundana o extramundana, esotérica o exotérica (Restrepo, 2002).

Este análisis de la cultura como significa-

ción, la concibe como discurso, representación y expresión, es decir, como tejido de significaciones conscientes o inconscientes que fundan las prácticas y los procesos sociales y que ocurren tanto en las instituciones que se insertan en la órbita del mundo de los sistemas (mundo de lo económico, mundo de lo político y mundo regulado de las relaciones sociales como procesos codificados de socialización), como en el mundo de la vida (familia, ocio, amor, amistad).

Al pensar así la dimensión cultural, se respeta aquella tradición de la filosofía hermenéutica que, desde Rickert a Cassirer o a Gadamer concibe la cultura como producción e interpretación de sentido, lo mismo que a la filosofía analítica que la examina como juegos de lenguajes.

Al mismo tiempo, dicha visión da cabida a todas aquellas teorías del estructuralismo y del post-estructuralismo que insisten unas en el orden de los significados o significantes, en la acción comunicativa, en la deconstrucción y en la arqueología de los discursos.

Pero, además, dicha concepción posee la ventaja estratégica de pensar la cultura en todas sus expresiones como la quintaesencia de un orden social que se concibe en ellas y, por tanto, susceptible de modificarse en la medida en que por el diálogo y la comunicación se reinterpretan los sentidos que lo constituyen.



Es así como el estudio y especificidad de la cultura se concibe como una forma particular de vida, de gente, de un período, o de un grupo humano, es una red de sentidos que se construye a partir de los significados que produce la interacción con la realidad, bien sea natural o social. En este sentido, Geertz (1973) afirma: “el análisis de la cultura (...) no es una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones” (p.20), y agrega que todos nacemos en comunidades de vida que además son comunidades de sentido porque ofrecen instrumentos para reconocer la realidad de nuestro entorno. En síntesis, la cultura es el universo simbólico que el hombre ha construido durante su interacción con la naturaleza y consigo mismo, un entramado de significados compartidos que obtienen su connotación del contexto, pero que habita en la mente de los individuos dándoles una identidad cultural específica.

Pensar la cultura es pensar una construcción humana e histórica; pensar la cultura es un intento por comprender el-los horizontes simbólicos donde un grupo humano organiza su existencia. En este sentido, la cultura como memoria colectiva que hace posible la comunicación entre los miembros de una colectividad históricamente ubicada, genera comunidad de sentidos, permite la adaptación a un entorno natural y da capacidad para argumentar racionalmente las acciones, las pretensiones de validez y los valores implícitos en la forma prevalente de las relaciones sociales. En este orden

de ideas, la cultura es un concepto que vincula; y se considera como el espejo donde se mira la comunidad para reconocer su pertenencia a un horizonte simbólico común.

Por eso, desde sus escenarios se desarrolla la construcción y reconstrucción de generación de sentidos sociales, así como la interacción social y las normas de convivencia que han de transformar paulatinamente los rasgos de la vida cotidiana. En coherencia con esto, la declaración de la UNESCO (1982) expresa que:

La cultura da al hombre la capacidad de reflexionar sobre sí mismo. Es ella la que hace de nosotros seres específicamente humanos, racionales, críticos y éticamente comprometidos. A través de ella discernimos los valores y efectuamos opciones. A través de ella el hombre se expresa, toma conciencia de sí mismo, se reconoce como un proyecto inacabado, pone en cuestión sus propias realizaciones, busca incansablemente nuevas significaciones, y crea obras que lo trascienden (p.1).

### **La Cultura como ejercicio de reconocimiento de la diversidad humana**

Odalys Medina (2008) afirma:

Ante el prisma de una época denominada por muchos como Postmoderna y reconociendo los peligros y amenazas que ello implica para la humanidad, se ha de reflexionar sobre la importancia que adquieren los enfoques y perspectivas que visualizan los procesos y es-

tudios de identidad cultural, en días donde se profundizan las infranqueables brechas entre países del llamado primer mundo y otros que no encontrarían clasificación.

Una de las aberraciones que trae consigo esta época globalizada, es la explicación del mundo a partir de una identidad única, donde quedan barridas las historias regionales y nacionales, los procesos colectivos e individuales de hombres y mujeres que construyen sus memorias y realidad social; y se dan recetas culturales hegemónicas que derivan en la pérdida de valores, símbolos socioculturales auténticos de los pueblos, que absorbidos o desplazados a un plano inferior, no cuentan dentro del poder económico internacional (p.1).

En ese sentido, para Kogan & Tubino (2004) hoy en día el tema de las identidades culturales y la interculturalidad se ha vuelto central tanto en el debate académico como en el debate público sobre políticas estatales. Es posible que el interés por las identidades culturales se haya acrecentado entre otros- debido a los efectos de la globalización, ya que las nuevas tecnologías de la comunicación nos hacen evidente algo que antes permanecía opaco: el multiculturalismo. De hecho, la internet y la televisión por cable nos han mostrado que no sólo el mundo está poblado por habitantes con diversas culturas; sino que incluso, dentro de cada estado nacional encontramos diversidad cultural. Así, podemos registrar aproximadamente la existencia de 184 países, 600 familias lingüísticas

y 5000 grupos étnicos. Sin embargo, es cierto también que la evidencia del multiculturalismo ha generado apuestas diversas sobre sus efectos. Para algunos, es posible la homogeneización de las culturas a partir del modelo occidental; para otros se sucederán fenómenos de hibridación, es decir, de interpretación de los elementos de fuera para ser incorporados dentro de la propia cultura; mientras otros, advierten una respuesta cerrada frente a la globalización a través de propuestas fundamentalistas.

Dado en la condición de sociedades plurales que caracterizan la sociedad contemporánea en el ámbito de la cultura, entre otros, es necesario evaluar la convivencia de culturas en territorios nacionales y en el contexto de la globalización, desde la perspectiva de la construcción y reconocimiento de las identidades culturales, para asumir una valoración más objetiva acerca del ejercicio de reconocimiento de la diversidad humana.

Las identidades culturales en las sociedades tradicionales y moderna se caracterizan en formas diferentes, en las primeras, la capacidad humana de la cultura en todas sus manifestaciones está más ligada a ese conjunto de sentido, símbolos y significados que se han creado en los imaginarios sociales y forman parte de una memoria compartida y de una conciencia histórica vivida en el marco de sentimientos de comunidad. En las segundas, se vislumbra un proceso de desarrollo simbólico relacionado con los cambios de la realidad económica, política y socio-cultural en la actualidad.

En las sociedades de corte tradicional, la comunidad local, las cosmologías religiosas y la tradición, generan un ambiente de confianza que permite la construcción de la seguridad ontológica de la persona como parte integrante de un grupo social. El tiempo se percibe como circular por lo que se percibe la continuidad de la tradición; mientras el espacio geográfico es vivido en su dimensión de localidad o terruño (Kogan, L. et al, 2004).

En las sociedades modernas, sin embargo, se produce un desencantamiento del mundo. Predomina la razón instrumental, la secularización y la burocratización. Los garantes de la seguridad ontológica de las sociedades tradicionales son reemplazados por las relaciones personales de amistad y de intimidad sexual, por los sistemas de conocimiento abstracto que manejan los expertos y la orientación al futuro. El tiempo pierde el carácter circular, ya que se entenderá como un tiempo lineal y el espacio se vacía de localidad en la medida que se representa por medio de coordenadas matemáticas (Kogan, L. et al, 2004).

El yo de la mismidad construida se instaaura a partir de una cultura que tiene pretensiones de respeto y de reconocimiento por los otros, pero si esa cultura no es valorada a nivel social, ello implica automáticamente un menoscabo en la autoestima y por consiguiente, limitaciones para la acción social. En ese sentido, Kymlicka (1996) sostiene:

La identidad cultural proporciona un “anclaje para la auto identificación [de las personas] y la seguridad de una pertenencia estable sin tener que realizar ningún esfuerzo”. Pero esto, a su vez significa que el respeto a sí misma de la gente está vinculado con la estima que merece su grupo nacional. Si una cultura no goza del respeto general, entonces la dignidad y el respeto a sí mismos de sus miembros también estarán amenazados (p.129).

El desarrollo del concepto moderno de identidad hizo posible el surgimiento de las políticas de la diferencia. La identidad es entendida como la memoria colectiva, la conciencia histórica y los lazos de unión por haber vivido los mismos procesos de éxito o fracaso, de alegría o tristeza.

La identidad culturales tiene que ser comprendida en correspondencia con otras identidades que hoy toman fuerza y se refieren a identidades de género, de sexo, de etnia o raza. Existe un vínculo conceptual y práctico absolutamente necesario, a tal punto que no podemos concebir una sin las otras y viceversa. Por ello, el respeto a las identidades particulares es un requisito de la sociedad plural, que pasa necesariamente por el respeto a las diferencias culturales desde el principio de construcciones culturales. Asimismo, el desarrollo del concepto ilustrado de tolerancia hizo posible el surgimiento del concepto moderno de reconocimiento.

La tolerancia significa el respeto a lo diferente, el reconocimiento significa respeto y además aprecio de lo diferente. Por una decisión racional se puede tolerar incluso lo que se menosprecia o lo que no se comprende. A diferencia de la tolerancia, el reconocimiento presupone la comprensión del otro, es decir, el colocarse en el lugar del otro, el ver el mundo desde el punto de vista del otro. Desde este punto de vista, la comprensión hay que entenderla como un esfuerzo no solamente cognitivo, sino básicamente afectivo fundado en la empatía.

Pero el ser humano necesita del reconocimiento social para lograr auto apreciarse, y de esta manera, desarrollar sus capacidades. La identidad de las personas se moldea sobre la base del reconocimiento o del menosprecio que proviene de los otros.

La identidad cultural es un léxico compartido no sólo de palabras sino de opciones vitales significativas y de asociaciones afectivas inexpresables que nos permiten ubicarnos frente a nosotros mismos y frente a los otros. La cultura originaria es el ethos, el mundo vital pre-reflexivo en el que se construye el primer vínculo de pertenencia en relación con el cual podremos configurar otros vínculos e ir así construyendo una identidad propia. De ahí la importancia del reconocimiento de las identidades culturales para la construcción de las identidades individuales, y en este sentido la discriminación étnica es ausencia de reco-

nocimiento, o mejor dicho, menosprecio sistemático de los seres humanos de un grupo social por ser portadores de una característica socialmente estigmatizada. Al respecto, Taylor (1993) nos señala acertadamente:

El falso reconocimiento no sólo muestra una falta de respeto debido. Puede infringir una herida dolorosa, que causa a sus víctimas un mutilador odio a sí mismos. El reconocimiento debido no sólo es una cortesía que debemos a los demás: es una necesidad humana vital (p.44-45).

La necesidad del reconocimiento para el desarrollo de las capacidades se contempla en dos planos, a saber, al nivel de la esfera de la vida pública y al nivel de la esfera de la vida privada. En el ámbito de la esfera de la vida pública es donde se hacen imprescindibles las políticas de reconocimiento de las identidades o políticas de la diferencia como una necesidad vital impostergable de los grupos culturalmente menospreciados. Estas políticas se basan en el principio de la discriminación positiva o discriminación a la inversa. Se trata de generar relaciones de equidad y de simetría legislando a favor de los desfavorecidos o de los que ocupan espacio social menospreciado inmerecidamente. La discriminación positiva es la consecuencia inmediata de la aceptación de los principios básicos de la concepción política de la justicia distributiva (Rawls, 1997, p.67-72.).

La globalización, lejos de desdibujar las

fronteras culturales, parte de mecanismos institucionales hegemónicos para mantenerlas, la homogeneización del capitalismo, en tanto productor de consumidores, en el orden económico, se le contraponen en lo político (público) y la teoría del conocimiento (de lo social) la exaltación del derecho a la diferencia cultural. Slavoj Žižek (1998) ilustra muy bien en este párrafo el peligro o sesgo que corremos al centrarnos sólo en uno de estos dos componentes de la relación capitalismo/diversidad cultural:

La conclusión que se desprende de lo expuesto es que la problemática del multiculturalismo que se impone hoy -la coexistencia híbrida de mundos culturalmente diversos- es el modo en que se manifiesta la problemática opuesta: la presencia masiva del capitalismo como sistema mundial universal. Dicha problemática multiculturalista da testimonio de la homogeneización sin precedentes del mundo contemporáneo. Es como si, dado que el horizonte de la imaginación social ya no nos permite considerar la idea de una eventual caída del capitalismo, la energía crítica hubiera encontrado una válvula de escape en la pelea por diferencias culturales que dejan intacta la homogeneidad básica del sistema capitalista mundial. Entonces, nuestras batallas electrónicas giran sobre los derechos a las minorías étnicas, los gays y las lesbianas, los diferentes estilos de vida y otras cuestiones de ese tipo, mientras el capitalismo continúa su marcha triunfal (p. 176).

La globalización, y el desarrollo de las tecnologías logran interconectar al mundo, los centros de poder conectan todo lo que instrumentalmente vale a sus intereses y desechan todo lo que no vale para su razón instrumental, con lo que de hecho se crean los niveles de inclusión/ exclusión a escala mundial. De esta manera, la cultura se convierte en un espacio estratégico de comprensión de las tensiones que desgarran y recomponen el “estar juntos”, en lugar de anudamiento de todas sus crisis políticas, económicas, religiosas, étnicas y estéticas. De ahí que sea desde la diversidad cultural de las historias y los territorios, desde las experiencias y las memorias, desde donde no sólo se resiste sino se negocia e interactúa con la globalización, y desde donde se acabará por transformarla.

Lo que galvaniza hoy a las identidades como motor de lucha es inseparable de la demanda de reconocimiento y de sentido. Y ni el uno ni el otro son posibles de formular en meros términos económicos o políticos,” Aquí se está refiriendo la pertenencia a un mismo núcleo de cultura donde todos pertenecen y comparten con los otros; y es por este motivo que la Identidad es una fuerza que introduce contradicciones en las hegemonías del mercado y de las comunicaciones.

La identidad cultural, como la define la Unesco parece plantearse hoy como uno de los principales motores de la historia; lejos de coincidir con un repliegue sobre un acervo in-

móvil y cerrado en sí mismo, esa identidad es un factor de síntesis viva y original perpetuamente recomenzada (...) Suscita la movilización de los recursos interiores para la acción y transforma el cambio necesario en una adaptación creadora (Russeau, 1999, p. 49).

Al decir de Martín-Barbero (2003) el *multiculturalismo* nombra el estallido con que las comunidades culturales responden a la amenaza que lo global proyecta sobre la diversidad, y las contradictorias dinámicas que moviliza, esto es la resistencia como implosión y a la vez como impulso de construcción. Pues la globalización exaspera y alucina a las identidades básicas, a las identidades que echan sus raíces en los tiempos largos. También en los países democráticos se produce actualmente una fuerte exasperación de las identidades, como la que se manifiesta en el trato de enemigo que los ciudadanos de los países ricos dan a los inmigrantes llegados del “sur”. Como si al caerse las fronteras, que durante siglos demarcaron los diversos mundos, las distintas ideologías políticas, los diferentes universos culturales -por acción conjunta de la lógica tecno económica y la presión migratoria- hubieran quedado al descubierto las contradicciones del discurso universalista, de que tan orgulloso se ha sentido Occidente. Y entonces cada cual, cada país o comunidad de países, cada grupo social y hasta cada individuo, necesitarán conjurar la amenaza que significa la cercanía del otro, de los otros, en todas sus formas y figuras, rehaciendo la exclusión no solo en la forma de *fron-*

*teras* sino de *distancias* que vuelvan a poner “a cada cual en su sitio”. Pero en la profunda ambigüedad del revival identitario no habla sólo la revancha, ahí se abren camino otras voces alzadas contra viejas exclusiones, y si el inicio de muchos movimientos identitarios es de reacción y aislamiento también lo es su funcionamiento como espacios de memoria y solidaridad, y como lugares de refugio en los que los individuos buscan una *tradicción moral* desde la que se proyectan alternativas comunitarias y libertarias, capaces incluso de revertir el sentido mayoritariamente excluyente que las redes tecnológicas tienen para las mayorías, transformándolas en potencial de enriquecimiento social y personal.

Entender esta *transformación en la cultura* nos está exigiendo asumir que *identidad* significa e implica hoy dos dimensiones diametralmente distintas, y hasta ahora radicalmente opuestas. Pues hasta hace muy poco decir identidad era hablar de raíces, de raigambre, territorio, y de tiempo largo, de memoria simbólicamente densa. De eso y solamente de eso estaba hecha la identidad.

Pero decir identidad hoy implica también –si no queremos condenarla al limbo de una tradición desconectada de las mutaciones perceptivas y expresivas del presente- hablar de migraciones y movilidades, de des anclaje e instantaneidad, de redes y flujos. Antropólogos ingleses han expresado esa nueva identidad a través de la espléndida imagen de *moving roots*,

raíces móviles, o mejor de *raíces en movimiento*. Para mucho del imaginario substancialista y dualista que todavía permea la antropología, la sociología y hasta la historia como disciplinas, esa metáfora resultará inaceptable, y sin embargo en ella se vislumbra alguna de las realidades más fecundamente desconcertantes del mundo que habitamos. Pues como afirma el antropólogo catalán, Eduard Delgado “sin raíces no se puede vivir pero muchas raíces impiden caminar” (Martín Barbero, 2003).

La identidad hoy se asocia con trayectorias y relatos, relatos que cuentan y narran historias para ser tomados en consideración por los otros, sin expresar lo que somos no podremos ser conocidos porque sin narración no hay identidad, ésta, manifiesta lo que somos, por eso la pluralidad de las culturas sólo será reconocida si podemos contar y narrar la diversidad de las identidades, tanto en los idiomas particulares como en los lenguajes multimedia y audiovisual., de lo oral al uso de las nuevas tecnologías.

La globalización pone en juego no sólo una mayor circulación de productos sino una rearticulación profunda de las relaciones entre culturas y entre países, mediante una descentralización que concentra el poder económico y una des-territorialización que hibrida las culturas. De este modo, se convive al interior de la sociedad con códigos y relatos muy diversos.

La estructura narrativa de las identidades se

vuelve compleja porque está entrelazada a una diversidad de lenguajes, códigos y medios que por una parte son hegemonizados y financiados por lógicas de mercado, por otro lado, está la posibilidad de convertir esas lógicas en función de las dinámicas y los usos sociales que del arte y de la técnica realizan nuestras redes culturales, lo cual demuestra que las culturas de la periferia poseen un sitio de emergencia y un nuevo espacio público para un nuevo tejido social. El *multiculturalismo* es la manera como los grupos culturales se enfrentan a la amenaza que lo global representa sobre la diversidad, así como las dinámicas contradictorias que moviliza, esto es la resistencia como forma de defensa y a la vez como impulso de construcción. Pues la globalización agrade fuertemente a las identidades básicas, en función de preservar sus dominios en los tiempos largos. (Martín-Barbero, 2003, 10-11).

Hablar del reconocimiento de la diversidad humana es también expresar las realidades del desarrollo y sus perspectivas en medio de la gran diversidad existente en nuestra región, porque en lo que respecta más directamente al contexto geopolítico latinoamericano lo que se visibiliza con más fuerza es un *creciente divorcio entre Estado y sociedad* que compromete la sostenibilidad de su desarrollo en cualquiera de los ámbitos, especialmente del cultural. Las políticas neoliberales en su globalización agravan las tensiones entre un Estado convertido en intermediario de los mandatos del FMI, el BM y la OMC, y una sociedad cada día más

desigual y excluyente, con porcentajes crecientes de población por debajo de los niveles de pobreza y con millones de habitantes obligados a emigrar hacia USA y Europa. Al erigirse en agente organizador de la sociedad en su conjunto, el mercado está redefiniendo en los países latinoamericanos la propia misión del Estado, y ello mediante una *reforma administrativa* con la que, a la vez que se le marcan metas de *eficacia*, cuyos parámetros, eminentemente cuantitativos e inmediatistas provienen del paradigma empresarial privado, se le *des-centraliza* pero no en el sentido de una profundización de la democracia sino en el debilitamiento como actor simbólico de la cohesión nacional. (Martín-Barbero, 2002).

Las relaciones del Estado con la cultura se hallan también crecientemente mediadas por lo que la *reducción del Estado*, exigida por la política neoliberal, implica de achicamiento de los recursos económicos y la tendencia estatal a recortar los destinados a la cultura *por no considerar a ésta ni prioritaria en el plano de las demandas sociales, ni rentable en términos productivos, ni estadísticamente significativa para sus intereses electorales* (Dueñas, 2000).

Para concebir la cultura como elemento potenciador del desarrollo por considerarla como un eje transversal que atraviesa toda la sociedad, es indispensable aproximarse a una definición de cultura donde aflora en toda su diversidad el papel que a ella le corresponde en la sociedad. Nuestra visión transita por las

concepciones que ve a la cultura vinculada a los problemas económicos, sociales, políticos ideológicos, morales, ecológicos e históricos, que interactúan permanentemente en el seno de cualquier formación económico –social.

**El desarrollo cultural**, entendido como la capacidad para satisfacer las necesidades reales de la población debe crear un ambiente propicio para que las comunidades se desarrollen vinculadas a la ciencia, los conocimientos, la tecnología, la salud, el medio ambiente y a las relaciones sociales. El centro de gravedad de la noción desarrollo se mueve de lo económico a lo social, o bien el desarrollo es total o no es tal desarrollo.

El desarrollo cultural prospera cuando está arraigado en la cultura y la tradición de los pueblos, porque es un proceso global, vinculado a los propios valores de la sociedad y exige participación de todos los individuos.

La cultura es una actividad que genera amplias transformaciones en el entorno donde interviene; su capacidad de síntesis en el proceso de desarrollo de una región le otorga la singular posibilidad de conectarse con la política integral de desarrollo del entorno correspondiente.

En América latina la globalización económica es percibida sobre dos escenarios: el de la apertura nacional exigida por el modelo neoliberal hegemónico, y el de la integración re-



gional con el que nuestros países buscan insertarse competitivamente en el nuevo mercado mundial. Ambos colocan la “sociedad de mercado” como requisito de entrada a la “sociedad de la información”. El escenario de la apertura económica se caracteriza por la desintegración social y política de lo nacional. Pues la racionalidad de la modernización neoliberal sustituye los proyectos de emancipación social por las lógicas de una competitividad cuyas reglas no las pone ya el Estado sino el mercado, convertido en principio organizador de la sociedad. Y cómo construir democracia en países donde la polarización social se profundiza, colocando al cuarenta por ciento de la población por debajo de los niveles de pobreza?, pueden revertir las instituciones políticas los procesos de concentración del ingreso, la reducción del gasto social, el deterioro de la esfera pública?, qué viabilidad pueden tener proyectos nacionales cuando los entes financieros transnacionales sustituyen a los Estados en la planificación del desarrollo?, cómo reconstruir ahí sociedades en las que reencuentren sentidos los intereses colectivos y formas de la ciudadanía que no se agoten en el consumo?. El crecimiento de la desigualdad atomiza la sociedad deteriorando los mecanismos de cohesión política y cultural, y desgastando las representaciones simbólicas (Martín-Barbero. 2007).

Si lo que constituye la fuerza del desarrollo es la capacidad de las sociedades de actuar sobre sí mismas y de modificar el curso de los acontecimientos y los procesos, hoy resulta im-

posible enfrentar los retos de la globalización sin potenciar los diversos substratos culturales de cada país, pues la forma globalizada que hoy asume la modernización choca y exagera las identidades, generando tendencias fundamentalistas y sectoriales frente a las cuales es necesario actuar introduciendo como ingrediente clave de desarrollo la formación de una conciencia de identidad cultural no estática ni dogmática, sino que asuma su continua transformación y su historicidad como parte de la construcción de una modernidad sustantiva, no reducida a procesos de racionalidad instrumental, eficacia productiva y unificación por la sola vía del consumo hoy resulta imposible enfrentar los retos de la globalización sin potenciar los diversos substratos culturales de cada país, pues la forma globalizada que hoy asume la modernización choca y exagera las identidades, generando tendencias fundamentalistas y sectoriales frente a las cuales es necesario actuar introduciendo como ingrediente clave de desarrollo la formación de una conciencia de identidad cultural no estática ni dogmática, sino que asuma su continua transformación y su historicidad como parte de la construcción de una modernidad sustantiva, no reducida a procesos de racionalidad instrumental, eficacia productiva y unificación por la sola vía del consumo (Martín-Barbero. 2000).

Sólo una visión profundamente crítica de lo que la modernización desarrollista tuvo en nuestros países de oposición excluyente entre tradición y progreso podría hacerse cargo de la

tarea decisiva que pasa por educar en una nueva concepción de cultura, de la que haga parte el conocimiento científico y la mediación tecnológica y en una concepción de modernidad que valore su impulso de universalidad como contrapeso a los particularismos culturales.

La relación cultura- desarrollo plantean hoy un horizonte de exigencias cruciales, en primer lugar si el desarrollo implica planeación, son los modelos y los procesos de planeación los que deben cambiar para dar entrada a las diversas culturas y países en el mundo global. Azmitia (2004) explica que las diferentes estrategias de desarrollo han interrelacionado tres objetivos:

- El crecimiento material, basado en la modernización y la imitación de los países de occidente
- El desarrollo es un proceso continuo con etapas, lo que permite hablar de primer, segundo y tercer mundo.
- Se trata de un desarrollo centrado en lo material.

En relación a lo anterior, Fidel Castro, citado por Azmitia (2004), declaró en la clausura del II congreso latinoamericano de desarrollo y cultura que: “la economía capitalista no garantizará el desarrollo de la humanidad pues no tiene en cuenta las pérdidas, en términos culturales y humanos, de su propia expansión, no sólo, no garantiza el desarrollo perspectivo de la humanidad, sino que como sistema, pone en riesgo la propia existencia de la humanidad. El

capitalismo ejerce todo su poder y fuerza para barrer cuanto le estorbe en el camino”.

Cuando la cultura y los modelos de desarrollo han ignorado lo cultural, los procesos han fracasado o no han tenido el éxito que se esperaba.

El indiscutible fracaso de los modelos de desarrollo que han vivido América Latina obliga a nuestras búsquedas. El único camino que parece va a conducir a algo positivo es el de la cultura. El desafío consiste en no repetir simplemente el pasado sino en echar raíces en él para inventar algo nuevo.

El desarrollo cultural es un proceso dirigido a: potenciar las capacidades creadoras, la circulación y la utilización de los valores culturales, desarrollar la participación social, de forma activa y creadora y dinamizar el desarrollo de las restantes esferas de la vida económica, integrando las diferentes fuerzas sociales.

En el informe de la comisión mundial de Cultura y Desarrollo se expresa: “el desarrollo disociado de su contexto humano y cultural es crecimiento desprovisto del alma. El florecimiento del desarrollo económico forma parte de la cultura de un pueblo, aunque no sea ésta la opinión común” (Unesco, 1995).

### Conclusiones

Frente a la transformación del sentido y del lugar de la cultura en el mundo, mediante la

intensificación de los flujos y los intercambios, los acercamientos y los alejamientos, el mercado y las tecnologías emerge el proceso de la cultura en las sociedades latinoamericanas constituyéndose en un ámbito crucial de recreación del sentido de las colectividades, de reinención de sus identidades, de renovación de los usos de sus patrimonios, de su reconversión en recurso económico, y en espacio de articulación productiva de lo local y lo global. Aun en medio de los más brutales procesos de recesión económica, de inequidad y exclusión, las sociedades de la región viven también a su modo las transformaciones mundiales que asocian un nuevo modo de producir a nuevo modo de comunicar que, como afirma M. Castells, convierte a la cultura –la humana facultad de procesar símbolos- en una fuerza productiva directa (Martín-Barbero, 2002, p.13).

La América Latina necesita poner en discurso la experiencia cultural de este fin de siglo, cuya base son las transformaciones producidas por la revolución de las tecnicidades. Nuestra región identifica la fascinación tecnológica con el realismo de lo inevitable, lo que se traduce por un lado, en una cultura del software que conecta la razón instrumental a la pasión personal y por otro, a una multiplicidad de paradojas desencadenantes:

- Convivencia de la opulencia comunicacional con el debilitamiento de lo público.
- La más grande disponibilidad de la información con el palpable deterioro de la educación formal.

- La continúa explosión de imágenes con el empobrecimiento de la experiencia
- Multiplicación infinita de los signos en una sociedad que padece el más grande déficit simbólico.

La convergencia entre sociedad de mercado y racionalidad tecnológica, disocia la sociedad en dos paralelas: una, la de los conectados a la infinita oferta de bienes y saberes y otra, la de los excluidos a la información (Martín-Barbero, 2003).

Con el anterior planteamiento, es factible pensar que si de un lado la revolución tecnológica de las comunicaciones agrava la brecha de las desigualdades entre sectores sociales, entre culturas y países, de otro lado moviliza también la imaginación social de las colectividades potenciando sus capacidades de supervivencia y de asociación, de protesta y de participación democrática, de defensa de sus derechos sociopolíticos y culturales.

En este trabajo se abordan por lo menos dos aportes importantes: por una parte, aspectos complementarios a La Cultura Como Instrumento para el Cambio social por ser una categoría transversal a toda la sociedad. Desde sus espacios convoca al estudio de ejes articuladores entre hombre, naturaleza, sociedad y pensamiento a partir de posiciones filosóficas, antropológicas, sociológicas, metodológicas y prácticas que aportan una reconfiguración sustancial en los modos de entender y re significar la ubicación de la cultura en el contexto de los

problemas sociales, económicos y ambientales. Desde esta perspectiva, la participación de los sectores y grupos sociales en el estudio de la temática de referencia constituye un motor importante para impulsar las reformulaciones que se derivan sobre el tratamiento actual de las políticas del desarrollo humano. Es precisamente la Academia, la Universidad, como centros de pensamiento y generación de nuevos conocimientos quienes deben ser protagonistas de primer orden en la construcción de las mejores y mayores áreas de diálogo que se convierten en espacios naturales de investigación, de generación de juicios y nociones que posibiliten la visualización de las evidencias que renuevan y modifican las formas de pensar y repensar la sociedad actual, el mundo de la vida.

### Referencias.

- Abello, I., Zubiría, S. & Sánchez, S. (1998). *Cultura: Teoría y gestión*. Pasto: Ediciones Uninariño.
- Azmitia, O. (2004). Cultura y Desarrollo. *Revista trimestral latinoamericana y caribeña de desarrollo sustentable*, 7(2), pp. 32-49.
- Cassirer, E. (2007). *Rousseau, Kant, Goethe. Filosofía y cultura del siglo de las luces*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Cassirer, E. (1951). *Las ciencias de la cultura*. México: FCE.
- Castro-Gómez, Santiago. *Los desafíos de la posmodernidad a la filosofía latinoamericana*. Recuperado del portal de recursos para estudiante: [www.robertexto.com](http://www.robertexto.com)
- Dueñas, R. (2000). *Cultura para qué. Un examen comparado*. México D. F.: Océano.
- Geertz, C. (1973). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Kahn, J. S. (1975) (Ed.). *La ciencia de la cultura*. Barcelona: Anagrama.
- Kogan, L., & Tubino, F. (2004). *Identidades culturales y políticas de reconocimiento*. Recuperado de [http://interculturalidad.org/numero01/b/arti/b\\_dfo\\_020404.htm](http://interculturalidad.org/numero01/b/arti/b_dfo_020404.htm)
- Kymlicka, W. (1996). *Ciudadanía cultural. Una teoría liberal de los derechos de las minorías*. Barcelona: Paidós.
- Malinowski, B. (1967). *Una teoría científica de la cultura*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Mardones, J.M. & Ursua, N. (1994). *Filosofía de las ciencias humanas y sociales. Materiales para una fundamentación científica*. México D.F.: Editorial Fontamara.
- Martín-Barbero, J. (2007). *La comunicación en la cultura: Una agenda para la formación y la gestión*. En Belda-Martinell-Vila (Eds.), (pp. 145-157).
- Martín-Barbero, J. (2007). *Modernización e identidades. Una contradicción latente en la sociedad de la información*. Conferencia Universidad de Guadalajara.
- Martín-Barbero, J. (2003). La globalización en clave cultural. Una mirada latinoamericana. *Revista ITESO*. Recuperado de [http://rei.iteso.mx/bitstream/handle/11117/357/53\\_02\\_globalizacion.pdf?sequence=2](http://rei.iteso.mx/bitstream/handle/11117/357/53_02_globalizacion.pdf?sequence=2)

- Martín-Barbero, J. (2003). *De la cooperación como práctica de la interculturalidad*. Bogotá: Universidad Javeriana.
- Martín-Barbero, J. (2002). *Comunicación y ciudadanía en tiempos de globalización*. Conferencia en Bogotá, Colombia. Recuperado de <http://www.participacionbogota.gov.co/index.php/component/remository/?func=fileinfo&id=650>
- Martín-Barbero, J. (2000). *Capital social y cultura: Claves estratégicas para el desarrollo*. Fondo de Cultura Económica.
- Medina, O. (mayo, 2008). *Identidad Cultural en tiempos de globalización. Notas para un estudio desde la vigencia del pensamiento de Leopoldo Zea. IV Conferencia Internacional "La obra de Carlos Marx y los desafíos del siglo XXI"*. Conferencia llevada a cabo en La Habana, Cuba.
- OEI. (1997-1998). *Iberoamérica: Identidad cultural en la diversidad*. Recuperado de: <http://www.campus-oei.org/cult001.htm>
- Rawls, J. (1997). *Teoría de la Justicia*. México D. F.: FCE.
- Restrepo, G. (Noviembre, 2002). *Ideas para la discusión. Misión de la Universidad en la formación de un creador o gestor cultural tramático*. Conferencia llevada a cabo en la ciudad de Bogotá.
- Scheler, M. (1999). *El saber y la cultura*. Recuperado de <http://www.seminariodefilosofiadelderecho.com/Biblioteca/S/cultura.pdf>
- Steiner, G. (1971). *En el castillo de barba azul. Aproximación a un nuevo concepto de cultura*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Unesco (Julio-Agosto, 1982). *Declaración de México sobre las políticas culturales. Conferencia mundial sobre las políticas culturales*. México D. F.
- Zino, J. (2013). *Definiciones de cultura*. Recuperado de <http://antropologies.wordpress.com/2013/10/13/definiciones-de-cultura/>
- Zizek, S. (1998). *Multiculturalismo, o la lógica cultural del capitalismo multinacional. Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*. Buenos Aires: Editorial Paidós.